

Las casas de Graciela Mántaras Loedel

Gonzalo Eyherabide
Mántaras

Lomas de Solymar

Las últimas palabras que recuerdo escuchar decir a mi madre fueron: «Mandale un beso grande a tus amigos». Al día siguiente fue encontrada muerta en el baño de su casa de Lomas de Solymar. Una casa a la que llamó *Aquí sí es* pintado en un cartel de cerámica junto a un farol en un jardín de rosas de diversos colores, jazmines, santa rita, glicina, níspero y una rara, enorme y espinosa acacia africana, entre otras plantas por ella cultivadas que, mientras escribo estas páginas, están siendo destruidas por las máquinas de un emprendimiento inmobiliario.

En su cama encontré sus lentes, medicamentos para la neumonía que no llegó a atravesar, rectángulos plateados que tenía por costumbre recortar de los envoltorios interiores de infinitas cajas de cigarrillos para convertirlos en marcalibros o escribir notas, y a los pies una presencia insólita: tarjetas personales de editoriales desplegadas en orden para ser consideradas, con la apariencia de los naipes de los solitarios a los que siempre jugaba (tanto reales como en la computadora). Entonces, como un improvisado Maigret (cuyas novelas rastreamos juntos en noches de invierno en Librería Ruben) recordé su novela inédita *Amores prohibidos*. «La novela» como ella la llamaba. La obra que cuenta la saga familiar de la familia Loedel, con la que cruzó *post mortem* el Rubicón de la crítica literaria para volverse ella misma escritora.



Pocitos

Mi madre, Graciela Mántaras Loedel, era para mis amigos «la doctora» y la casa de Bello & Reboratti que habitamos en el barrio Pocitos era «el templo». Empezábamos a acelerarnos ominosamente en los años ochenta y noventa del siglo pasado, cuando nació la internet que Borges había predicho en infinitas bibliotecas que se hipervinculaban.

El living oscuramente iluminado por los vitrales era una biblioteca, como toda la casa. Mi dormitorio de infancia era «la norteamericana», de modo que crecí viendo misteriosos nombres como Gore Vidal o Ernest Hemingway, con más o menos impacto según el capricho de foráneos diseñadores gráficos editoriales. Aquellos libros lograban agitar tanto mi imaginación como mis pulmones de asmático aún sin necesidad de abrirlos. 25.000 ejemplares que configuraron en su época una biblioteca más numerosa que la de Secundaria, institución en la que hizo su carrera como profesora de Literatura, de la que fue destituida por la dictadura cívico-militar (por haber firmado un manifiesto en apoyo a Cuba, pero denunciada por el Bolsa, un torturador de la familia Bordoni que vivía en la casa de enfrente) y a la que se reintegró jubilándose como su (casi) última inspectora, padeciendo y maldiciendo la «reforma de Rama».

Y aquel living, donde oficiaba como centro de mesa una antigua sopera de plata misteriosamente repleta de papeles (decoloradas listas de votación, esquelitas de Sereno Rivas que cada noche pasaban bajo la puerta de calle, facturas, canutos de lapicera y banditas elásticas ya sin elasticidad) era un salón de clases permanente. De arte y literatura (su especialidad fue la literatura hispanoamericana), de filosofía, historia, sociología y política, de geografía con grandes mapas superpuestos colgados de una pared tan antiguos que ponían «San Petersburgo», es decir que hoy estarían más actualizados. También de ciencias físicas y naturales, temáticas que cobraron especial énfasis durante los años de relación con su último amado compañero: el ingeniero melense Edgardo Cavada.

Un salón de clases en torno a una gran mesa que invitaba a la tertulia horizontal, rebosante de pilas de libros, periódicos y revistas. El Liceo de Aristóteles y la Academia de Platón por una émula de Hipatia de Alejandría. El «ciudadano ateniense» era su paradigma

humanístico ético y docente. Donde se debatía, se charlaba y se descubría e imaginaba pensando y dialogando colectivamente.

Donde escuché a Carmelita y también a Gloria, sucesivas empleadas domésticas, dar su opinión sobre diversos asuntos, a los poetas Jorge Arbeleche y Ricardo Pallares y a Alcira Legaspi (viuda de Rodney Arismendi). Donde mis amigos y yo interactuamos con Cristina Peri Rossi, Dahd Sfeir, Hugo Cores, Mario Benedetti, José Pedro Díaz y Marosa di Giorgio. Allí conocí a Eduardo Galeano, que dibujó en sus libros el chanchito y la flor con que los autografiaba y a otros desexiliados que acudían para hacerse mapas, saber qué había sobrevivido entre las ruinas de la dictadura, o qué podía llegar a florecer. Y también a Serena Foglia, a Fany Puyesky, a la poeta Tatiana Oroño, a su querida amiga Gladys Castelvechi, a Manuel Martínez Carril, que no demoró más de media hora en llegar cuando Graciela encontró en su biblioteca misteriosos rollos de cine e hipotetizó que podían ser de su tío Alberto Mántaras (precursor del cine nacional y amigo y anfitrión, en Atlántida, de Pablo Neruda). Y entre tantos otros a la desconocida poeta inédita que en su último libro de crítica *Ejercicios de memoria* (publicado póstumamente por la Biblioteca Nacional) Graciela recordó: María Mauricia Gutiérrez, quien fuera esposa del pintor melense Llanos y llegó a vivir un tiempo en aquella casa y a ayudarme con sus opiniones a dibujar mi firma, la misma que uso hoy.

En ese living presencié —tomando café en los «vasitos franceses» que tanto disfrutaban mis amigos: el ahora humorista Marcos Morón y el ahora cineasta Pablo Stoll— la reunión en que Carlos Maggi le pedía a Graciela que se uniera a trabajar para hacer una programación cultural de alta calidad para Canal 5 (la televisión pública) con la vuelta a la democracia, a instancias de Julio María Sanguinetti. Ya sabemos que ese proyecto fue truncado: conocemos la connivencia entre partidos políticos y las familias dueñas «provisoriamente» de las frecuencias de emisión de los canales de televisión privados que emiten sus campañas.

Entre la *Enciclopedia Británica* y la *Hispanoamericana* (recuerdo su lectura de la entrada «Submarino Peral», que ponía el número de puerta en Madrid, donde la madre del inventor entonces vivía), los volúmenes de reproducciones de arte y la colección encuadrada de *Marcha*, junto a los retratos de ella y de mi abuela Alba, y frente al cristalero del «Bazar Mántaras» de los antepasados de mi abuelo



Homero que aún conservo, conocí a una traductora al rumano de Cortázar y a una crítica inglesa que me reprendió por disfrutar del humor «sexista» de Benny Hill. En esa mesa Juan Capagorry me regaló la primera pluma para dibujar mis historietas.

Nunca vi allí a Idea Vilariño. Se visitaban mutuamente en sus posteriores casas de Lomas de Solymar y Las Toscas.

Una noche podían estar mi abuela Alba y Horacio Migliorata —un querido vecino amante de Beethoven y Van Gogh— declamando la lectura de poemas de Rubén Darío e interpretando ella al piano «Alfonsina y el mar» o algún tango. Y a la mañana siguiente llegaba Javier Miranda (hijo del desaparecido Fernando Miranda y años después presidente del Frente Amplio), entrando con una bolsa sin tocar el timbre, anunciado solo por el carillón de la puerta del zaguán (este es un hábito político que provenía de Melo y reivindicaba y mantuvo siempre en sus casas: nunca se cerraba con llave) a la voz de «¡Albita, traje milanesas!». No recuerdo quién las cocinaba: mi abuela se llamaba a sí misma «La Venus de Melo» por no tener brazos para ninguna tarea del hogar y Graciela consideraba que deberíamos alimentarnos todos con pastillas de astronautas. Acaso Afrodita había inhibido en ella el placer gastronómico, juzgando por más que buena la capacidad para el goce con que disfrutaba de los demás placeres que Eros y Psyche le concedieron.

A Javier y su hermano Fernando los conocimos porque vivían en el edificio de enfrente y en los primeros caceroleos contra la dictadura éramos los únicos de la cuadra que, en la noche tenuemente iluminada por el farol de Solano Antuña y Berro, salíamos a la calle o al balcón a hacerlo. Como dijo Pasolini, lo único bueno que tuvo el fascismo es que nos unió a todos contra él. Javier hizo buenas migas con el poeta Jorge Castro Vega, pareja de mi madre en aquellos años.

La casa constaba de dos escaleras de madera de diecisiete rechinantes escalones. Desde el primer descanso lo observaba todo nuestro antepasado Henry Loedel, retratado magistralmente al punto que algún artista visual arriesgó una autoría de Blanes (lo cual, para pesar de las arcas familiares, fue desmentido). Cuando la profesora y crítica Alicia Torres conoció la casa, Graciela en el habitual recorrido museístico que se solía hacer —tarea que ocasionalmente me competía— le refirió cómo Henry había sido pintado de cuerpo entero a pesar de que ahora solo se le veía hasta las rodillas y señaló las marcas

de pegamento de varias franjas del lienzo que habían sido restauradas. Eran la prueba del odio e insania de su viuda, Enriqueta Castro, quien tras su muerte recibió la visita de dos hijas de su marido y una monja peruana a quien él había raptado de un convento en Lima en remoto viaje. Azorada, sustituyó su alianza por un clavo retorcido, encomendó a sus hijas las tareas del hogar anunciándoles que no saldría nunca más de su casa y se dedicó en especiales aniversarios, cual inversa Penélope, a la paciente tarea de desgarrar de a una aquellas franjas horizontales del lienzo del infiel. Me maravilla la confesión de Alicia, su querida amiga y colega (que organizó la celebración de su cumpleaños 50), quien al releer su novela publicada póstumamente descubrió tal historia como efectivamente verdadera. ¿No es hermosamente literario que una literata no dé completamente por cierta una historia contada oralmente en persona y requiera, para convencerse de su veracidad, el haberla leído en ficción?

El tercer piso de la casa era «la torre». La torre era su santuario: donde estaba su escritorio, dormitorio y otro dormitorio que albergaba hileras de bibliotecas. Ahí Graciela estudiaba, escribía y preparaba sus clases y audiciones de radio, notas periodísticas o libros. El *SUN* —ese invento uruguayo que aún no había sido prohibido— yerba, miel y té, le proporcionaban lo necesario para subsistir largas horas, noches enteras eventualmente, abocada a sus lecturas e investigaciones. Y estaba prohibido aún para un hijo (particularmente inquieto, como fue mi caso) molestarla en su estudio. Si estaba en la torre, solo en caso de tsunami o alguna terrible noticia que involucrase a algún amigo o familiar (cercano) era justificable interrumpirla.

Durante la dictadura, Enrique Tarigo con *Opinar* y Asociación Sindical Uruguaya (ASU) con *Avanzada del Pueblo* fueron quienes le dieron trabajo en forma constante como crítica sorteando la persecución y la censura. También publicó en medios como *Aquí*, *La Democracia*, *Tiempo de Cambio*, *Brecha*, *Cuadernos de Marcha*, *Casa de las Américas*, *Plural* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, entre otros.

Expulsada de Secundaria, pudo parar la olla con estos trabajos de crítica literaria y dos pensiones militares (vaya paradoja) que cobraban tanto ella como mi abuela Alba, porque Homero había sido médico en el cuartel militar de Melo (lo veremos adelante en el texto y atrás en el tiempo). También daba cursos en un lugar que fue refugio de perseguidos: la Casa del Autor Nacional.



Cuando preparaba sus clases o se apasionaba por un tema determinado, en su escritorio, igual que en la tertulia permanente de la planta baja, charlábamos sobre ello. Ahí me habló de la curiosidad que le generaba la escasez de obras de dos temáticas en la literatura nacional: la erótica y la naval.

Ahí aprendí que la poesía trata esencialmente de dos temas: *te amo* y *tengo miedo de morirme*. Y también que el lector o lectora de poesía es también poeta.

Allí me contó que decidió —cuando por méritos era claramente su turno para entrar a la Inspección— que debía ser el turno de Jorge Arbeleche, de modo que no se presentó al concurso para que él lo fuera. Se postuló más adelante, cuando lo consideró su momento.

Desde allí viajó a Cuba a ser jurado del concurso de Casa de las Américas y como la cena de ceremonia de entrega de premios era el día en que debía integrar un tribunal de exámenes de Secundaria, aquella destituida por apoyar esa revolución se volvió antes para cumplir con su trabajo, perdiéndose la ocasión de conocer a Fidel Castro.

La marea de papeles aumentaba en aquel escritorio cuando era jurado en algún concurso literario nacional o internacional. Allí me explicó la importancia de reivindicar el premio desierto, por ejemplo, cuando la calidad de los inéditos presentados no tenía la altura para justificar su premiación, lo que debía hacerse solo con obras excelentes. Una postura que le valió no pocas tensiones con colegas.

Allí me contaba de su trabajo con los demás inspectores en el armado y ajustes de los programas de estudio de Secundaria. De su incorporación de *La tierra purpúrea* de Hudson. Sobre cómo le costó aceptar que correspondía incluir a Vargas Llosa y cómo no logró que sus colegas aceptaran hacerlo con Roberto Fontanarrosa. Veía cuánto disfrutábamos mis amigos y yo de sus cuentos e historietas y estaba convencida tanto de su valor literario como del bien que haría a jóvenes conectar así con el humor rioplatense y la literatura, disponiéndose mejor para enfrentarse al castellano antiguo del *Quijote*, por ejemplo.

En cuanto al *Quijote*, recitaba de memoria su primer capítulo íntegramente, y mi lectura de infancia del mismo fue con ella, lo que me provocó los primeros grandes ataques de risa que recuerde, al punto de caerme de la cama.

La biblioteca de ese escritorio sostenía su foto con Carlos Quijano, cuando lo visitó en su exilio en México. Lo adoraba. Como también a Ángel Rama, su jefe de la sección cultural y maestro en su primer trabajo como crítica en el semanario *Marcha*. La foto de Cortázar, el clásico dibujo de Freud con una mujer desnuda en su cabellera, infaltable en los escritorios de intelectuales de los sesenta, afiches de los festivales de teatro a los que siempre acudía, un *sticker* del FIDEL, un pin de la IDI, matrioskas y un samovar de su viaje a Rusia, un calendario azteca, el afiche de «Chile Crea» de su militancia por el plebiscito del NO a Pinochet en aquella tierra de poetas.

Ahora bajemos de vuelta las dos escaleras. Ah, sí, el penúltimo escalón cruje, está algo roto, lo sostienen dos leños por atrás. Ese otro ruido podría ser un ratón en la feria gastronómica de libros. Pasamos al *garage*. Hay que agachar la cabeza. Hay una vieja camioneta NSU con las ruedas pinchadas, y una silla de metal y otras herencias médicas del Dr. Homero Mántaras, el padre de Graciela. Entre ellas una vieja bolsa de arpillera con un esqueleto humano, cráneo incluido dentro, con el cual yo jugaba sacrílegamente espantado y fascinado.

Graciela creía que era bueno acompañar las distintas etapas de la vida con la vida en distintas casas. Así que llegó el día en que por primera vez vi los completos tonos ocre y amarillos del empapelado de las paredes de aquella casa. Desnudas de libros.

Pero todavía hay un nítido olor a café. ¿Será Manzanares o Sorocabana? Y suena «Vidalita Cerro Largo» en el piano. Ese olor y esa música son importantes en la familia Mántaras Loedel. Vienen de hace tiempo y de no tan lejos. Son de Melo. Pero antes de viajar hacia la frontera, nos detenemos ante el portón de hierro de una gran casa-quinta en la avenida Instrucciones, al oeste de Montevideo.

La Quinta

«La Quinta» había sido de su abuelo José. De él heredó su otro gran amor: los jardines. De modo que se cultivaba y también cultivaba. Su mudanza de Pocitos a Lomas de Solymar fue su crear y habitar un último jardín. El de Lomas tenía un azulejo que ponía un poema, que le dedicó aquel abuelo, sobre el amor a la naturaleza y a sus jardines. Graciela era panteísta.



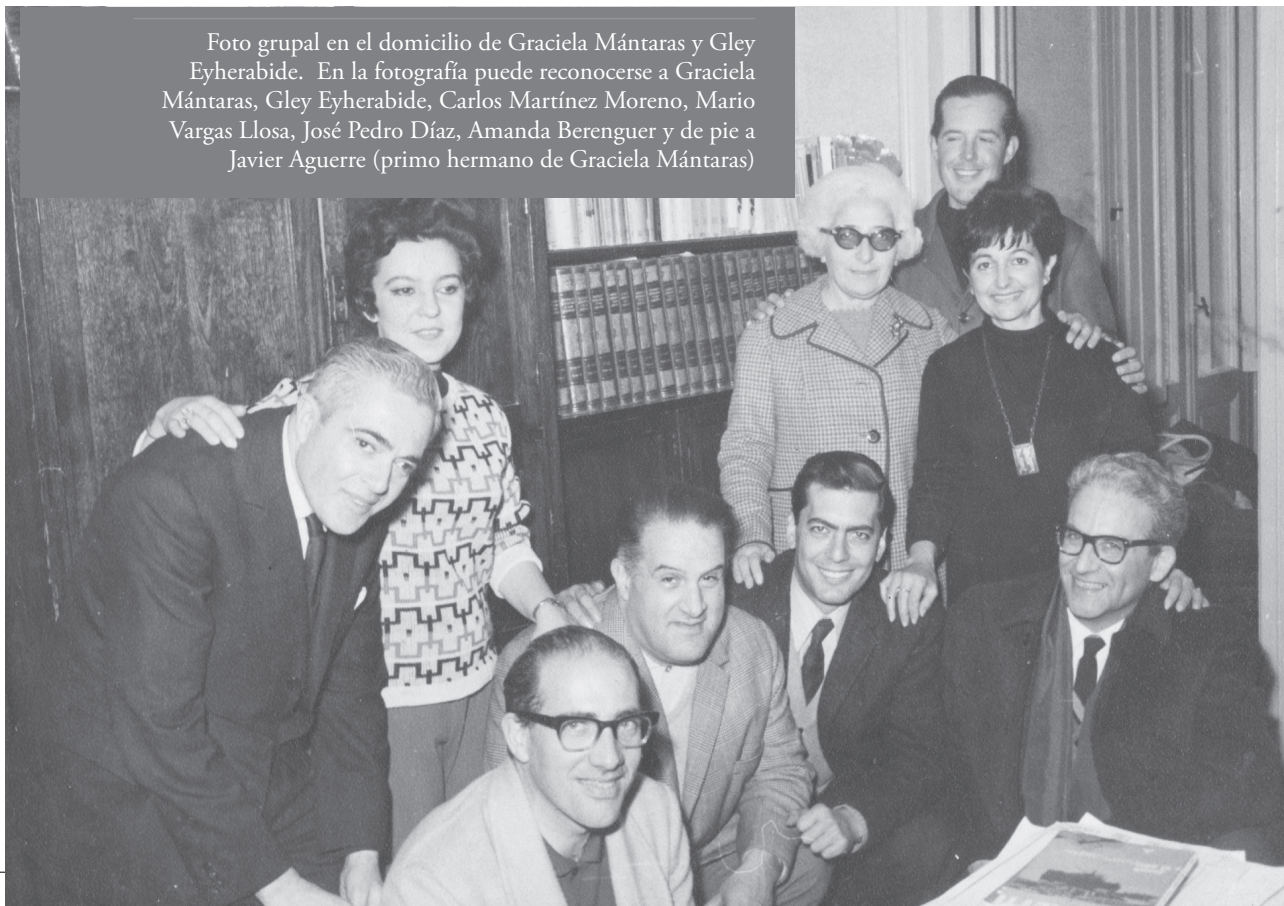
En la Quinta fue su gran amor con Gley Eyherabide. Escritor melense. Mi padre. Se conocían desde Melo, pero su real encuentro y conocimiento mutuo se dio en Montevideo, cuando Gley ya había escrito sus primeros cuentos y se iniciaba en el oficio de periodista y Graciela estudiaba literatura en el Instituto de Profesores Artigas. Preparó su examen de ingreso con la hermana de Gley, amiga suya y en el futuro también escritora: Glenia Eyherabide. En la Quinta, Graciela y Gley se amaron, convivieron y se casaron. Y como me contó una vecina, no terminaban nunca de besarse al despedirse en el portón. Ahí crecí yo. Y el nogal, la higuera, el olivo y las frutillas. Y las bibliotecas.

De la biblioteca de aquella casa es la foto con un amigo de ambos y testigo de su matrimonio: Zelmar Michelini. Allí esa pareja militó en el primer comité del Frente Amplio de la zona (barrio Lavalleja).

En aquel jardín Graciela, admirada por la obra de Gley, le dijo una vez: «Cambiaría toda mi obra crítica y ensayos por haber escrito uno de tus cuentos». Aún no sabían ni ella ni él que, sin necesidad de recurrir a tal suerte de canjes, Graciela también sería a la postre novelista.



Foto grupal en el domicilio de Graciela Mántaras y Gley Eyherabide. En la fotografía puede reconocerse a Graciela Mántaras, Gley Eyherabide, Carlos Martínez Moreno, Mario Vargas Llosa, José Pedro Díaz, Amanda Berenguer y de pie a Javier Aguerre (primo hermano de Graciela Mántaras)



Y allí se hizo en los años sesenta el asado con Mario Vargas Llosa, en el que alguien le preguntó: «¿Cuál es la salida para el Perú?», y el escritor peruano respondió seguro de sí mismo: «El fusil y la montaña». Recordé aquello cuando volvió al Uruguay ya consagrado (como autor literario y a la derecha y al neoliberalismo) y en una entrevista en Canal 10 con el periodista Jorge Traverso lo vi justificarse acerca de algunas «cosas que había dicho» siendo muy joven en su primera visita.

En la Quinta fue donde los milicos marcaron estos sellos de «Revisado» de algunos de mis libros.

Desde aquel caserón viajó a estudiar filología a la Universidad Complutense de Madrid para, a su vuelta, divorciarse y mudarse a vivir con sus padres y conmigo a la casa de Pocitos.

Y desde la casita más moderna, del otro lado del jardín de esa quinta, se oye de vuelta a Albita tocar «Cambalache» al piano.

Melo



Ese piano ropero con el *sticker* del Palacio de la Música está junto a mí mientras escribo esto. Y hace casi un siglo fue arrancado por Homero de las manos de su arpía suegra en Montevideo, quien se lo llevó a Melo a la joven que lo tocaba: su amada Alba. El destino que aquella madre había definido para «la Nena» Albita era otro: cuidar de sus padres al envejecer. Por eso no se le permitió estudiar. Pero Alba hizo su camino. Como su hermana Piquia: la primera ingeniera uruguaya y constructora del viejo puente sobre el río Santa Lucía. Y su hermano Enrique Loedel Palumbo: eminente profesor de Física de la Universidad de La Plata, referido como mentor por su alumno Ernesto Sábato y autor de uno de los primeros artículos latinoamericanos sobre la Física de la Relatividad, tras una entrevista con Albert Einstein en su visita de 1925. Alba fue autodidacta. Y gran lectora.

Se trasladó a Melo con Homero, que recién recibido había ganado un concurso como médico en el cuartel militar. A poco de instalarse, el párroco organizó un medieval escrache con antorchas para denunciar el pecaminoso concubinato en que vivía aquella pareja de jóvenes socialistas. El pecaminoso, acaso herético, mal ejemplo de esta enamorada pareja montevideana fue motivo de

escándalo, discriminación y duras críticas por parte de aquel Torquemada arachán. Pero las ciencias médicas de Homero y las artes líricas y musicales de Alba (junto a la bonhomía, diplomacia y amplitud de criterios de ambos), y gracias al sentido común, apertura y tolerancia de los melenses se desestimó el ataque eclesiástico y la ciudad y el departamento les fueron dando la bienvenida y acogiendo en su seno con cariño y gratitud. Así, aquella familia se integró a la comunidad por completo y se hizo tan melense como la más pintada. Y allí nacieron sus hijos Graciela y Osiris (profesor de Filosofía).

Además de ejecutar el piano, Alba recitaba poesía y trabajó una gran amistad con Juana de Ibarbourou. Conservo de puño y letra de Juana el poema en honor a su amiga:

En Alba Loedel, como en claro día,
Amanecen la gracia y la armonía.

Rostro de flor, y voz
En que se mezclan agua viva y sol.

Arrullo de palomas en la garganta,
Cuando Alba recita ¿reza o canta?

Fervor del verso que su boca enmiela
y hace de oro, de gamuza o seda.

Tras ella el ángel, y en su dulce cara
El reflejo rosado de su ala.

Alba: cifra de nardo y suavidad, dulzura
Hecha emotiva y clara criatura!

Juana de Ibarbourou
Montevideo, 1936. Primavera.



x x x

En Alba Loedel, como en claro día
Amanecen la gracia y la armonía.

Rostro de flor, y voz
En que se mezclan agua viva y sol.

Arrullo de psalms en la garganta.
Cuando Alba canta, reza o canta.

Fervor del verso que en boca enmilda
Y hace de oro, de gamuza o seda.

Prás ella el ángel, y en su dulce cara
El reflejo rosado de su ala.

Alba: cifra de uardo y suavidad. Dulce
Hecha emotiva y clara criatura!

Juana de Ibarbourou.

Montevideo, 1936. Primavera.

En una audición de la radio de Cerro Largo Alba promocionaba las artes y daba voz a poetisas (especialmente a los desconocidos, misión cultural que heredó su hija) del departamento y de todo el país. Graciela conservó muchos años varios biblioratos y cuadernos en los que Alba escribía notas y fichas sobre poetisas, narradores y otros artistas, hombres y mujeres de Cerro Largo y de otros puntos del país, que habían sido por ella entrevistados o sus obras recitadas, comentadas y difundidas en aquella audición de *La Voz de Melo*. Graciela tenía la idea de compilar, editar y publicar estos escritos, pero la humedad y el desarme de su biblioteca los desvanecieron.

La casa de Melo era una peña, una tertulia o constante salón abierto. Siempre había un bol con café batido para que quien llegara se calentara el agua y sirviera, cosa que podía ocurrir en la madrugada, aun con la familia durmiendo. Cuando Margarita Xirgu o cualquier compañía de teatro actuaba en Melo, a la noche el encuentro era en aquella casa. Alba tenía un acuerdo con la Confitería Washington y por sus fondos llegaban las bandejas de sándwiches y masas que salvaban la ocasión a cualquier hora. Porque como decía una prima: «Era una casa sin horarios, no se sabía si era de día o de noche», a pesar del reloj de carillón que sonaba cada cuarto de hora.

Eran habituales de aquellas tertulias Santibáñez, un amigo profesor de Biología, republicano español que para desconcierto de sus alumnos era sordo de un oído, producto de la metralla franquista. El «viejo» Salvador Puig, pintor que regaló varias obras a la familia. Y muchos otros y otras que participaban en esa charla y encuentro permanente.

Allí Homero (humanista y enciclopedista) jugaba con Graciela y su hermano a recordar las capitales y accidentes geográficos que estaban en aquellos enormes mapas que siempre llevó consigo. Aquel joven padre y médico, en su curiosidad por las ciencias, se las ingenió con un compañero de aventuras para medir la velocidad de la luz a través de un experimento por primera vez realizado en Melo.

Alba la entrenó en el amor a la literatura, aun sin padecer ella la bibliofilia que observaban Homero y Graciela, a quienes le divertía decirles cada vez que llegaban con cajas de libros producto de su compulsión coleccionista: «Ustedes van a ser dos cadáveres muy ilustrados».

La Biblioteca de la Nación, aquel mueble-escritorio rebatible de fino roble con un mágico cajoncito secreto que supo ocultar libras esterlinas, era un precioso compendio de literatura universal encuadrada y distribuida por el diario *La Nación*. De modo que su colección fue llegando en cada volumen desde Buenos Aires hasta Melo. Cuando alguien le pedía a Homero prestado un libro, habiéndole pedido antes otro aún no devuelto, él le comentaba: «Haga esta prueba: pídale prestada una oveja al Dr. [nombraba aquí a un colega médico que invertía en estancias antes que en libros], no se la devuelva y luego pídale otra. A ver qué le dice».

También acudían al consultorio pacientes de Homero, como aquel gaucho que asombrado ante la dimensión de las bibliotecas dijo con sabiduría: «¡Qué ignorantes habían sido, cuánto libro necesita!».

Y fue aquella casa melense centro de encuentro de las más diversas personas del arte, las ciencias y la cultura en general, donde se crio Graciela. Y ese espíritu de puertas abiertas e intercambios horizontales fue el que imprimió a sus sucesivas casas referidas.

Para terminar, podría informarles de su velorio, en el que con aquellos, mis amigos, a los que envió su último saludo revivimos «el templo» en una charla sobre historia y arte por ella estimulada, como siempre.

O volver a la casa de Lomas de Solymar (en cuya playa fueron esparcidas sus cenizas) para recordar cómo dedicó dos días a la semana de sus últimos años a militar y seguir enseñando y orientando a estudiantes en la biblioteca Tota Quinteros del comité de base frenteamplista local.

Y también podría contarles sobre el día de la aparición de Afrodita en su jardín y la conmovedora inspiración que la llevó a escribir *Amores prohibidos*, su último libro (tras otros doce de teoría y crítica literaria) y su primera novela. Pero prefiero invitarlos a que la lean de primera mano y despedirme con este párrafo del prólogo de la profesora y crítica Ana Inés Larre Borges:

Una primera novela que nada principia, porque es en realidad una culminación. Hecha con todo lo leído y lo soñado, fue también su último legado, un gesto con el que cerró una vida dedicada a la literatura, entrando en ella.

